



SAMIR AZRAK NAKKOUL

Profesor universitario. Nacido en Alepo, Siria (1952), emigra a Venezuela desde su niñez y adopta la nacionalidad venezolana. Realiza estudios superiores en la Universidad Simón Bolívar, Caracas, obteniendo el título de Ingeniero Electrónico en 1.977. Prosigue estudios de postgrado en la Universidad Católica Andrés Bello, título Magíster Scientiarum en Administración de Negocios; en la Universidad Bicentenario de Aragua, título Magíster Scientiarum en Gerencia, Mención Administración. Continúa estudios en la Universidad Simón Rodríguez, título Doctor en Ciencias Administrativas. Recibe, por sus meritorios trabajos universitarios y de investigación, el Doctorado H.C. en Ciencias Gerenciales de la Universidad Philo Bizantina.

Profesor Titular, jubilado de la Universidad Politécnica Federico Brito Figueroa, La Victoria, Aragua. Se ha desempeñado como catedrático en postgrado, en materias gerenciales en la Universidad José María Vargas y la Universidad Santa María, Caracas; así como en la Universidad Bicentenario de Aragua, Maracay. Actualmente ejerce la docencia en los postgrados de la Universidad Politécnica Experimental de las Fuerzas Armadas UNEFA y en la Universidad Politécnica Federico Brito Figueroa, su lar académico.

“Don Francisco de Miranda, Maestro de Libertadores” es uno de sus primeros escritos, que resalta la magnitud histórica de El Precursor, desde la óptica orientadora, ilustradora y adoctrinadora; sembrando en sus ‘discípulos’ el germen que concluiría en la gesta emancipadora libertaria de Iberoamérica.

DON FRANCISCO DE MIRANDA “MAESTRO DE LIBERTADORES”



Samir Azrak N.

Academia Boyacense de Historia
Publicaciones 2011

Samir Azrak N.

**DON FRANCISCO DE MIRANDA
“MAESTRO DE LIBERTADORES”**

Academia Boyacense de Historia
Publicaciones 2011

A la memoria de León Gustavo Richard

Don Francisco de Miranda
“Maestro de Libertadores”
SAMIR AZRAK N.
Primera edición

Academia Boyacense de Historia
Casa del Fundador – Plaza de Bolívar
Tunja – Boyacá

Diseño de portada: Jecenia M. Colina M.
Foto de: <http://www.gluv.org/proceresmasones/FranciscoMiranda.htm>
Cuadro: Miranda en La Carraca, Arturo Michelena.

Editado en Valencia, Venezuela
Diagramación e impresión:
REPRO INN C.A.,
Enero 2011.

ISBN: 987-980-12-4823-1
Depósito Legal: If0432011900482

Todos los derechos reservados.

Impreso en Venezuela

Printed in Venezuela

A manera de introducción:

Las siguientes líneas, escritas para cumplir con la disposición de la Respetable Logia Victoria No. 9, para ser el discurso de Orden en conmemoración del Día Masónico Nacional, celebrado el 28 de Marzo de 1.982, fueron desempolvadas por solicitud de mi gran amigo el Dr. Juandemaro Querales, quién me pidió una copia de *“aquel discurso del cual le hizo mención en su momento nuestro inolvidable y siempre bien recordado guía León Gustavo Richard”*, que siendo Venerable Maestro de la logia en esa ocasión, y partícipe importante en los inicios del otrora Instituto Universitario de Tecnología de La Victoria, hoy Universidad Politécnica Federico Brito Figueroa, no dejó de transmitir la información sabiendo que el Prof. Querales es un apasionado de estos temas tratados.

La versión original ha sido ligeramente modificada, respetando rigurosamente el fondo del contenido, corrigiendo la forma donde se consideró necesario, con la intención de preservar el mensaje del texto y transmitir el tema tal como fue creado en su momento.

DON FRANCISCO DE MIRANDA: “MAESTRO DE LIBERTADORES”

La patria nace cuando empieza a despuntar la libertad. Los conglomerados que viven en opresión, que son parte en un gran todo dominante, apenas si existen, vegetan como las plantas parásitas, y se mueven cuando el puño que los manda se los concede como una gracia o se lo impone como un dictado. El 3 de Agosto de 1.806, Venezuela empezó a encarnar en el símbolo, sí, la patria que nacería cinco años más tarde, cuando los patricios del Congreso de 1.811 la arrojaron como a un niño inquieto y dulce en el pañal tricolor.

Don Francisco de Miranda, el americano que más se adentró en América y en quien América penetró más hondo, realiza uno de los actos más trascendentes de su vida al enarbolar en el Fortín San Pedro de La Vela de Coro, el patrio pabellón. De manera que al grande hombre cupo la gloria de hacer la primera luz independentista en el codiciado territorio venezolano. Antes había saltado el chispazo, tal en 1.795, pero no había levantado la llama como once años después, cuando la Capitanía General se estremece frente al crujiente estallido de un verdadero incendio libertador.

Alzar una bandera es como echar al aire preñado de horizontes, una bandada de águilas altivas; es proyectar un ala poderosa hacia el espacio donde moran los astros y las luces; es saludar al mundo libre desde las riberas de la dignidad; es orientar un ideal que desparramado por la tierra dará frutos de excelsa promisión. Y en la actitud mirandina, es dar a la patria su ropaje inicial.

Por ello, su mano firme, aquella que supo del fusil en Molilla, en Argel, en Providence; la misma que airosa y decidida empuñó pluma y espada en el torbellino de la Revolución Francesa; la que aspiró el perfume suave y misterioso del guante femenino a lo largo y ancho de la Europa romántica, es la que el 3 de Agosto, siembra la enseña tricolor en lo más alto y en lo más profundo del corazón venezolano.

Una de las personalidades que sin duda ocupa mayormente la atención de los historiadores al trasladarse a los siglos XVIII y XIX, es la del Precursor de Precursores Don Francisco de Miranda. Y no era de esperar que ocurriese de otra manera, puesto que al historiar parte o todo lo que se relaciona con los pródromos de nuestra independencia, el nombre del insigne caraqueño acusa señalada vigencia. Nadie como el Precursor batalló más por la emancipación de las colonias españolas a lo largo de las últimas décadas del siglo XVIII y en la primera del siglo XIX. Su palabra, su vida, sólo avizoraban como meta, como razón suprema, la libertad de Indoiberia.

Si él no pudo llegar al desiderátum de su propósito, quédale la satisfacción de que ese logro lo hicieran posible sus discípulos en las diversas latitudes, pues todos bebieron en la fuente saludable y estimulante de sus enseñanzas, ya en torno de su cátedra en Londres o en París, ya a través de sus epístolas que en mensaje permanente circulaban por doquier, o en los artículos abiertamente difundidos en ciertos periódicos europeos, o en las reuniones secretas conspirativas en América, o en el determinante ambiente cual semillero emancipador, tal como lo fueron las logias masónicas tanto en Europa como en América.

A los varios títulos que la historia le ha consagrado a esta enorme figura del procerato hispanoamericano: el Primer Criollo Universal, porque sus armas las desplegó en tres continentes: África, Europa y América, y fue combatiente activo en los tres acontecimientos más importantes de su época: la Independencia de los Estados Unidos, la Revolución Francesa y la Independencia de Hispanoamérica; Capitán del Regimiento de Infantería de la Princesa, nombramiento del Rey de España en 1772; para ascender luego a Coronel del Ejército Español, Mariscal de Francia, Espada de la Gironda, Viajero Universal, Quijote de la Revolución, Épico Agitador, Padre de la Independencia, Ciudadano del Mundo, Generalísimo de Venezuela, Venezolano del Fuego Sagrado, Auténtico Sabio, Precursor de la Independencia de América, etc., se le podría sumar el de “Maestro de los Libertadores”. Sencillamente porque Miranda, a lo largo de su existencia, de su fecundo peregrinar, de su brega incesante, en las cumbres del triunfo y en las profundidades del infortunio, no fue otra cosa que Maestro, un Gran Maestro en el más alto sentido del vocablo; y como doctor ejemplarísimo, un abanderado de la libertad.

No se concibe un preceptor, un orientador de juventudes, apegado a la férula de la autocracia; quien da cultura, quien instruye en las disciplinas del conocimiento científico, quien sustituye la sombra con la luz, tiene que educar para la libertad, porque este es el tuétano de la enseñanza. Desgraciados aquellos institutores que cobardes y sumisos se pliegan a la voz del opresor o del grupo que acogota la conciencia del pueblo, porque la Historia, que es insobornable en su veredicto, les colocará en el sitio que les corresponde, en el de los canallas y traidores.

Al maestro sin autoridad moral no lo puede seguir el discípulo, porque éste, con la intuición especial que tiene, escoge, siempre, entre el sincero y el farsante a quien se ajusta a los modelos que a diario le dan los textos de historia y de cívica, y éstos no tiene para el tartufo sino la condenación y el desprecio.

¡Pobre discípulo el que no deja atrás a su maestro!, fue la frase de un sabio que consciente de su superioridad, aspiró a que sus pupilos, como una ratificación de los conocimientos que él les había transmitido, se colocasen a su nivel y hasta, por virtud de la ciencia recibida y multiplicada en ellos, lograran alcanzar un más alto sitio. Dentro de su propia conciencia pedagógica estaba la posibilidad de verse crecer a través de sus criaturas, y saberse más alto a medida que sus pupilos conquistaban las metas que él les señaló como probables. En ese logro habría de ver su triunfo. En cambio, cuando el discípulo es mediocre y se queda muy por debajo de las enseñanzas del maestro, éste no verá allí sino la imagen de su fracaso, y seguro se avergonzará de aquel desecho de su obra.

En el caso de Miranda, el profesor de matemáticas de O'Higgins, y más aún, el maestro de libertadores de la América Meridional en otra asignatura más importante y más exacta que la de Pitágoras, como es la dignidad ciudadana y la soberanía nacional, los discípulos superaron al mentor en el plano de las realizaciones positivas. Lo que aquél predicó, éstos lo hicieron carne de realidad. ¡Tamaño satisfacción para un maestro de la calidad humana, de la estatura moral, de la dimensión continental del caraqueño ejemplar!

La cátedra utilizada por el sublime conductor eran la epístola, el periódico, la charla en el cónclave de la conspiración y el taller masónico.

Miranda se inició en Filadelfia, Estados Unidos, en 1783; recibió el grado de compañero en Londres, en 1785; y el grado de Maestro, en París, en 1797.

La logia "Gran Reunión Americana", fue fundada por Miranda en Londres a fines de 1798, donde los trabajos, no versaban tanto sobre aspectos masónico, como sobre las ideas de la Revolución Francesa y la necesidad de libertar a las colonias españolas en América.

Miranda, fue el autor intelectual de la fundación de la Logia "Lautaro", en Cádiz, España, en 1780, estando en Londres, donde residía, ya que su cabeza fue puesta a precio por la Corona de España. Sugirió para la histórica logia, el nombre de "Lautaro", en homenaje al caudillo araucano que venció al conquistador Valdivia en Tucapel, en 1554.

Solamente un masón, como Miranda, habría podido inspirar la fundación de la logia "Lautaro", que fue clave para el proceso de la independencia suramericana, ya que en ella se iniciaron masones, muchos de los más destacados próceres, como Bolívar y San Martín, extendiendo luego la ideología a héroes como O'Higgins, Sucre, Alvear, Carrera, Montúfar, Monteagudo, Zapiola, Caro, y tantos otros que pasaron por sus logias, que bebieron en la fuente de su clara dicción libertadora. Ellos eternizaron, en la obra particular de cada uno, y en la de todos en conjunto, la acción civilizadora e independentista de Miranda.

En el hacer magnífico de los discípulos, esplende la luz del maestro. Mientras ellos vivan en la conciencia de los pueblos y sus nombres sean fanal de libertad, garantía de independencia política, timbre de soberanía nacional, la sombra de Miranda estará presente en todas partes, como venero de inspiración.

Empero, para la hora que vive América, ante la incertidumbre de su futuro, no basta con el rescoldo de las conmemoraciones, recordemos y elogiemos la obra de los libertadores, es indispensable que nos hagamos dignos de esa obra y merecedores del nombre que la prestigia, y esto se logra recogiendo el mensaje de aquellos y transmitiéndoselo a los jóvenes de las escuelas, liceos y universidades del continente, que son la más firme esperanza de estas patrias; los únicos que pueden con sus fuerzas, cada día más ágiles y nuevas, realizar a plenitud el ideal de los viejos y grandes luchadores.

Miranda desde Cádiz, Londres, París o Nueva Cork, no circunscribió la mirada a Venezuela, su provincia de origen, su ojo zahorí atalayaba todo el espacio americano, desde el Misisipi hasta el Cabo de Hornos. Y para hacer más cohesivo su mensaje, a toda esa porción indiana la llamó, siempre, Colombia.

Hay narradores superficiales que se conforman con presentar a un Miranda viajero, trotamundo, buscador de aventuras, con una suerte extraordinaria para concitar la admiración de los hombres, la confianza de los potentados y el amor de las mujeres, sin ahondar en el personaje y ver que en los actos de aquel viandante ilustre todo fue concebido en cumplimiento de tres consignas medulares: la

superación de su espíritu, la difusión de América en el viejo mundo y la emancipación del continente nativo.

Una figura como Miranda, que desde la eternidad sigue presidiendo y guiando los pasos de la comunidad hispanoamericana, debe exaltarse por los contornos que más conviene.

¡A qué insistir en que fue un infortunado, por el hecho de haber terminado en una prisión!. ¡Acaso no era éste, por no haber caído en el campo de batalla, el fin lógico de un combatiente y que lo consagra como el que entregó lo más valioso, su vida, para la causa libertaria de su patria! Además: ¡Es un abanderado de la fortuna quien, a más de siglo y medio de su muerte, se le aureola con la veneración multitudinaria!

En las obras masónicas venezolanas en la actualidad, en todo lugar en donde se ha de tratar de los próceres, se hace siempre en función de esa conciencia unitiva que trató de formar Miranda, y que como el mejor tributo a la memoria del Precursor, del Maestro, la masonería venezolana adoptó, desde el año 1950, bicentenario de su natalicio, siendo José Tomás Uzcátegui el Gran Maestro de la Gran Logia de la República de Venezuela, el 28 de marzo, día de su natalicio, como la fecha más importante en la institución, consagrada con el distintivo de Día Masónico Nacional, como un homenaje al Maestro de Libertadores, Don Francisco de Miranda.

SAMIR AZRAK
28 de Marzo de 1.982

Bibliografía:

Diccionario Enciclopédico de la Masonería, Editorial del Valle de México, Tomo II, 1976.

Castellon Hello, “**Guía Histórica de la Masonería Venezolana**”, Editores Lito-Jet C.A., Caracas, 1.981.

Morón Guillermo, “**Historia de Venezuela**”, Tercera Edición, Ediciones Guadarrama, S.L., Madrid, 1.961.

Esta obra se terminó de imprimir en los talleres de Repro Inn C.A. Valencia, Venezuela. Enero 2011.